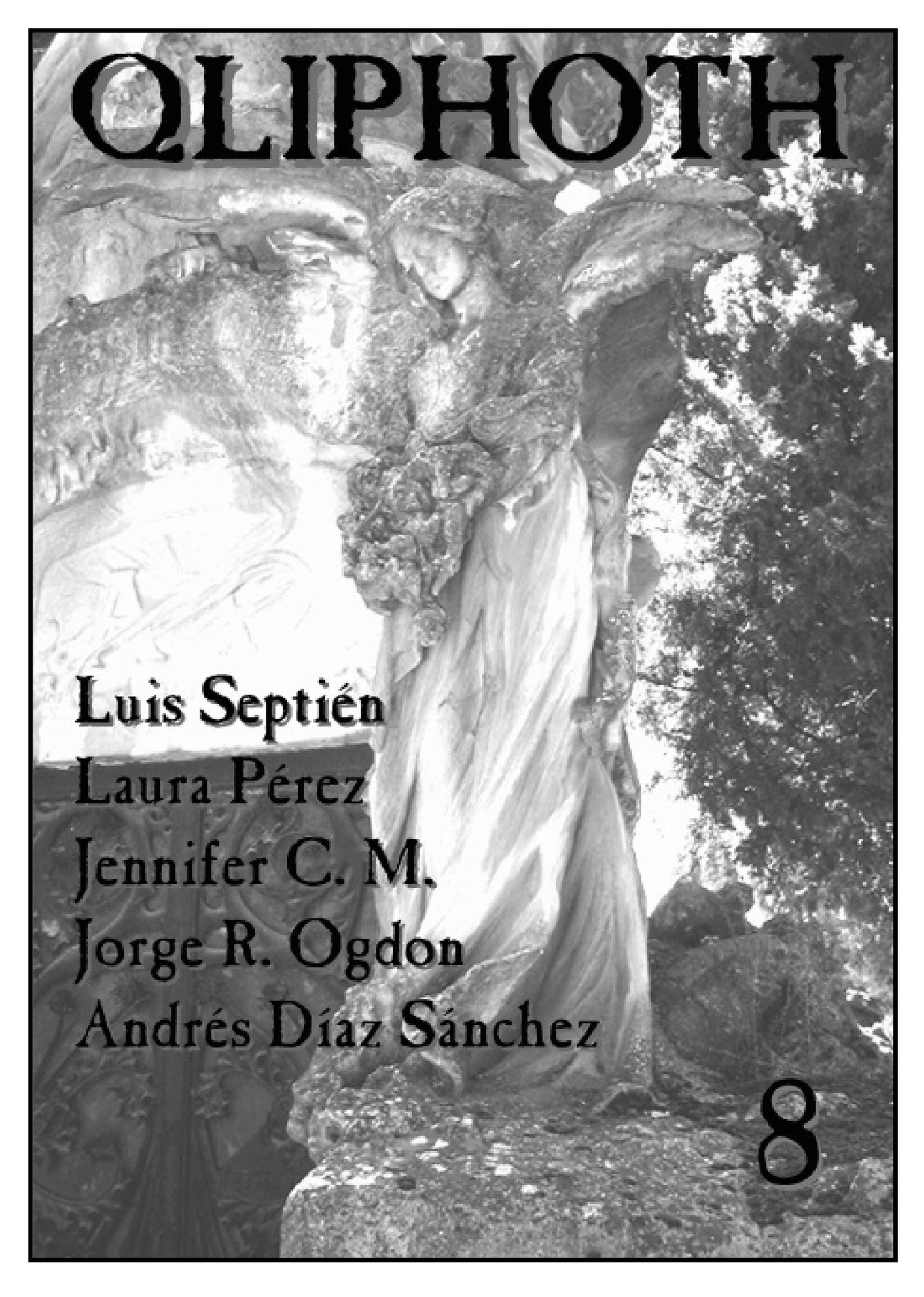


QLIPHOTH



Luis Septién

Laura Pérez

Jennifer C. M.

Jorge R. Ogdon

Andrés Díaz Sánchez

8

ÍNDICE

	Editorial.....	III
	'Vida y muerte', por Andrés Díaz Sánchez.....	IV
	'La Diosa Negra', por Luis Septién.....	X
	'Leyendas: La Xana', por Laura Pérez.....	XIII
	'Noche bruja', por Jennifer C. M.	XVIII
	'La Puerta Etrusca (VI)', por Jorge R. Ogdon.....	XX

Febrero 2003

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@dreamers.com / qliphoth@chryshantemum.com.

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

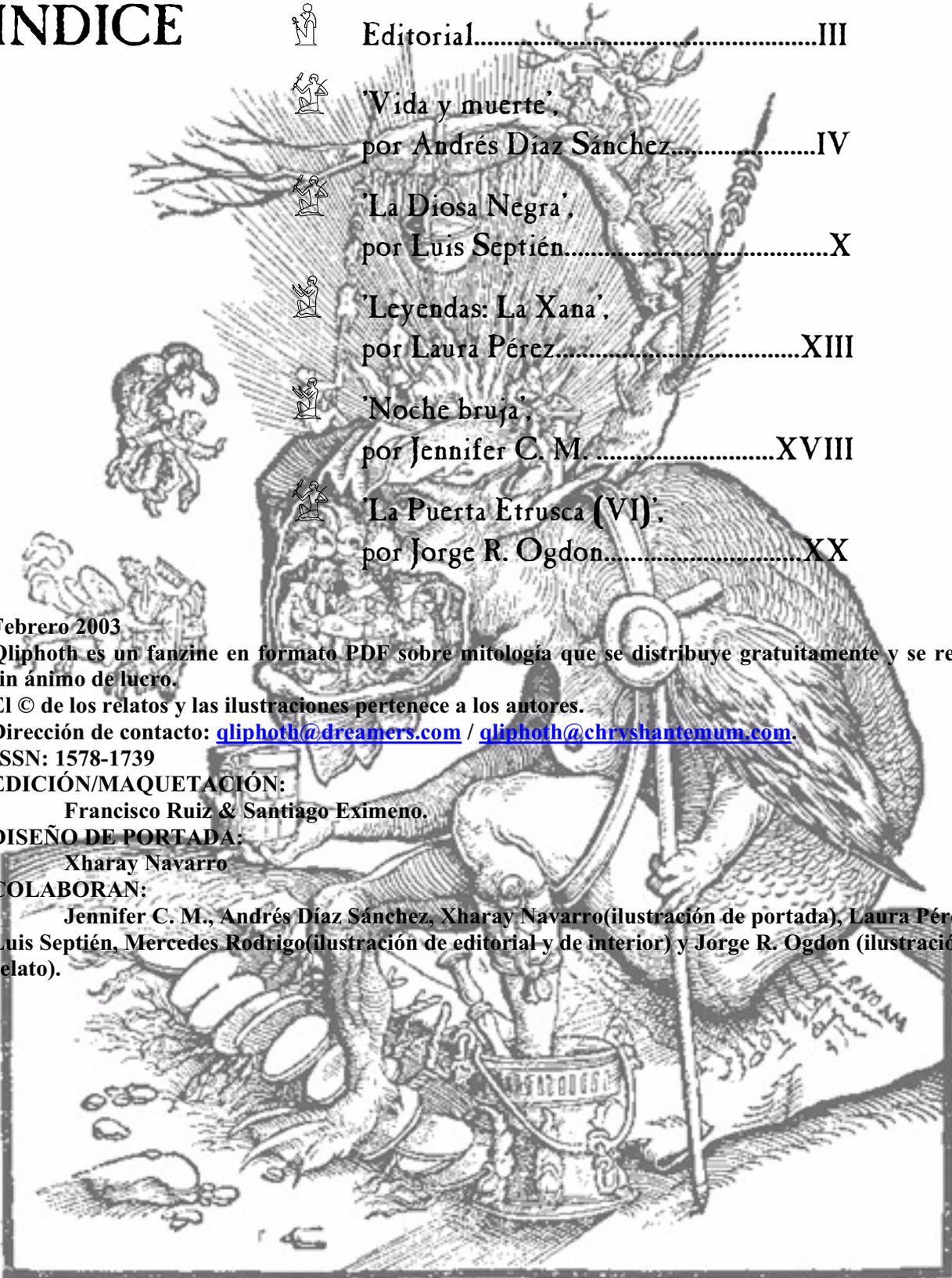
Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Xharay Navarro

COLABORAN:

Jennifer C. M., Andrés Díaz Sánchez, Xharay Navarro (ilustración de portada), Laura Pérez, Luis Septién, Mercedes Rodrigo (ilustración de editorial y de interior) y Jorge R. Ogdon (ilustración de relato).



EDITORIAL

El hombre del saco

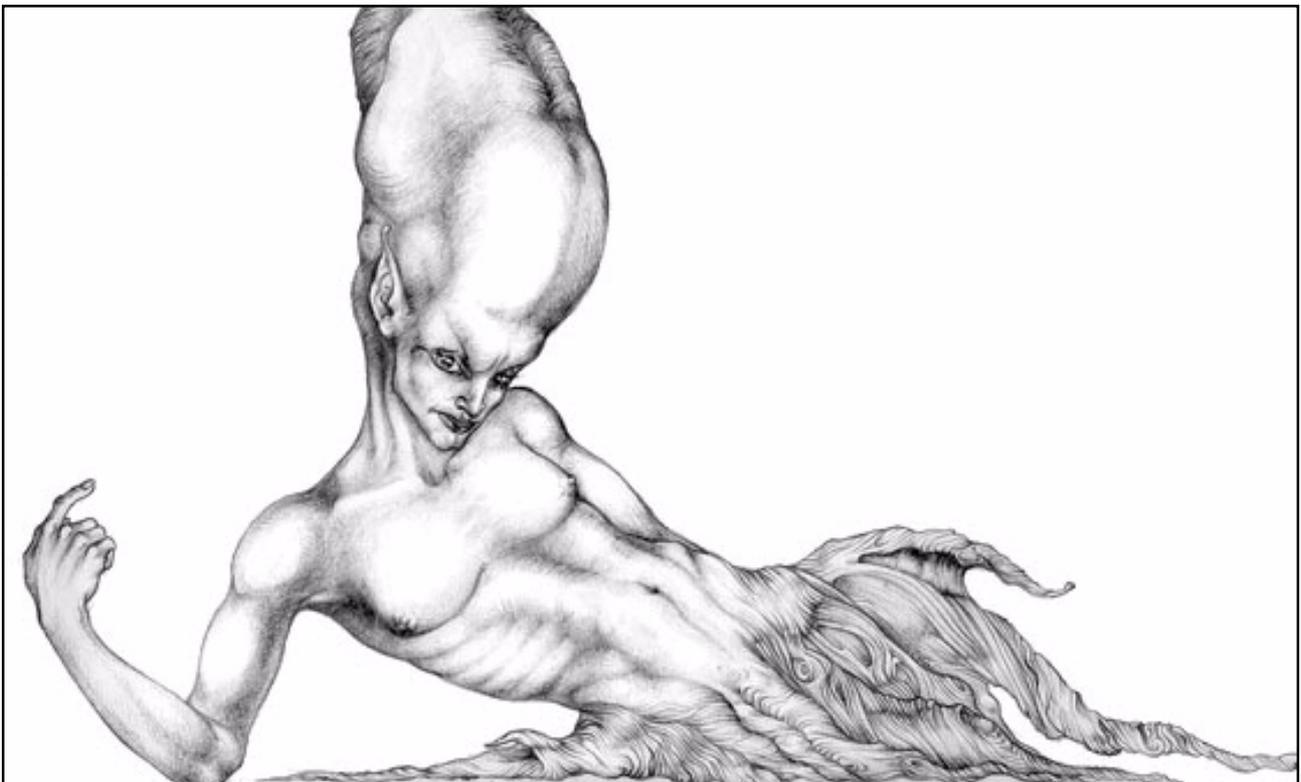
Si existe una mitología rica y variada ésta es, sin duda alguna, la que trata los miedos infantiles, de las criaturas espectrales que acechan sus sueños y, como perversos maestros, los castigan cuando cometen faltas o errores a los ojos de sus padres.

Cocos, paponos, hombres del saco, dragones, lobos, duendes, tragachicos, chupasangres, ogros, demonios, orcos y cientos de miles de criaturas malignas que vigilan a los atemorizados chiquillos y, con el paso del tiempo, han pasado a formar parte del folklore popular. Monstruos de conveniencia al principio, creados por padres incapaces de educar a sus hijos sin imponer limitaciones o abusar de sus miedos, son en la actualidad un mero recuerdo, una excusa ligera para narraciones de viejas, más orientadas a la nostalgia y al disfrute de los adultos que a la educación infantil.

Sin embargo, no debemos olvidar que gracias a estos seres de pesadilla existe un género literario que, aunque poco valorado, hunde sus raíces en el alma de los tiempos, y perdurará por siempre: la nana o canción de cuna. Despidamos esta editorial con una de ellas, breve pero llena de simbolismo:

*Duérmete mi niño,
Carita de ayote,
Que si no te duermes
Te come el coyote.*

Los Editores.



Vida y muerte

Por Andrés Díaz Sánchez

Krantor *El Poderoso* dominó a lo largo de su azarosa vida numerosos países. Conquistó gracias a su bravura y temeridad legendarias el corazón de incontables hombres y mujeres. Cuando sus ejércitos atacaban los enemigos huían o eran aplastados sin compasión. Él mismo, aunque estratega y emperador, avanzaba siempre a la vanguardia de sus huestes. Su espada hacía volar cabezas y se revolvía entre los adversarios con tales furia, valor y destreza que provocaba admiración en amigos y enemigos.

Fue también buen gobernante en la paz, implacable con los traidores, dadivoso con los justos y los honrados.

Su familia le amaba, su pueblo le quería, sus guerreros cabalgarían hasta el Infierno por él. Incluso los enemigos, en el fondo de sus corazones, le respetaban y envidiaban sin poder evitarlo, y por ello le aborrecían dos veces más y más aún se odiaban a si mismos.

El Imperio de Krantor *El Poderoso* se extendió como fuego sobre pasto seco. Nadie se atrevía a hacerle frente.

Así pues, en el seno de una prosperidad tan arduamente ganada, el Rey fue envejeciendo y las arrugas visitaron su rostro. Sobrevivió a su amada esposa y a muchos de sus amigos y, con el transcurso de los años, llegó un momento en que alrededor suyo sólo encontraba desconocidos. Sus hijos le querían, mas no comprendían su forma de pensar; ellos habían nacido y sido criados en la paz, mientras que Krantor había forjado su carácter entre espadas, flechas y cadáveres.

Sintiéndose solo, los días pasaban largamente para el viejo rey. El hastío llenaba sus horas. Únicamente hallaba placer rememorando con dulce dolor las aventuras y gestas del pasado. Ahora ya nadie quería combatir, los jóvenes se dedicaban a la ciencia, la política o la economía. La civilización extendía sus tentáculos y los aventureros comenzaban a extinguirse.

El anciano monarca, antaño poderoso, se había convertido en un anacronismo sin sentido. Todo le resultaba absurdo y vano. Ni siquiera podía confiar a nadie sus pensamientos, ya que

todos sus viejos camaradas habían muerto tiempo ha.

Entonces, el *mal* llegó a Krantor. Los físicos de la Corte intentaron curarlo con sanguijuelas, ungüentos y reposo. Pero la corrupción se había engarfiado en su todavía fuerte cuerpo. A veces, experimentaba mareo y vomitaba sangre y hasta trozos de carne. Otras, los pies que antaño pisotearan reinos no podían sostenerle y se desplomaba miserablemente de rodillas.

El *mal* también corrompía su espíritu. Negras pesadillas poblaban sus noches. En tan febriles visiones los cadáveres se alzaban desde las tumbas y le pedían cuentas por todas las muertes que él había causado. Pero en la vigilia no había mejora, espesas depresiones aniquilaban su voluntad, hasta el punto de que el Imperio todo pensaba que Krantor iba a morir. Sus habitantes suspiraban por la suerte del anciano Señor y ya se preguntaban quién sería su nuevo amo...

Una noche especialmente tenebrosa, el Rey vio en sueños una calavera envuelta en un aura azulada. La testa espectral se expandía más allá de los límites del Tiempo y el Espacio. Abrió su quijada y rió profunda y burlonamente. Aquel sonido provocaba en Krantor una indecible agonía.

Despertó, exhalando un ronco grito. Bañado en sudores, comprendió entonces que quien se le había aparecido en sueños era la mismísima Muerte, la Señora Parca, que se regocijaba contenta porque en días u horas le arrebataría el fresco hálito de la existencia.

Krantor saltó de la cama y paseó inquieto y angustiado por los solitarios y vetustos pasillos de palacio. Negras espadas hendían su alma. Contempló amargamente los cuadros de batallas, los escudos heráldicos, las espadas que habían hecho posibles tantas gestas. El Rey sentía un espeso nudo en la garganta. De haber sido ésa su costumbre, habría llorado. Pero era duro de carácter y mostrar sus más íntimos sentimientos en público, incluso cuando él era todo el público que podía contemplarle, le resultaba imposible.

¡Sí aún tuviera enemigos contra quien batallar o una empresa arriesgada que llevar a término...! Entonces, podría sentirse vivo y al menos gozar con intensidad del tiempo que le restaba hasta la muerte. Pero ya no quedaban adversarios y la guerra era un recuerdo turbulento del pasado.

Entonces, el viejo rey alzó su mirada. En ella chispeaba un fuego que él creía extinto. Había tenido una visión.

—Si no tengo enemigos y la Muerte me consume poco a poco... —musitó, para alzar la voz en un bravo juramento: —¡Lucharé contra la misma Parca, ella será mi rival! ¡Y la venceré!

Exhaló una brutal y loca carcajada, impropia de un anciano. Tal sonido reverberó entre las columnas de mármol y los muros de roca, despertando a los sirvientes y alarmando a la guardia.

Todos ellos descubrieron al Rey vistiendo su mejor armadura, pertrechado con la espada más afilada, el escudo más resistente y el más fiero hacha y se cubrió la cabeza con un pesado yelmo. Bajó a las caballerizas reales y ensilló al mejor caballo de combate, un macho negro como el azabache y cuyo nombre era *Tormenta*.

Intentaron persuadirle para que volviera a sus aposentos, pero les apartó con rudeza. Todos temieron el fuego de su mirada. Krantor había recuperado el vigor de otros tiempos.

Montó en el magnífico *Tormenta* y se dirigió a sus súbditos con voz de trueno:

—¡Apartaos! ¡Debo librar la más dura batalla de mi vida! ¡Pelearé contra la misma Muerte y triunfaré!

Los presentes menearon sus cabezas, incrédulos, pensando que el monarca sufría locura senil.

Pero lanzó otra carcajada demoníaca. Entonces, el *mal* se cebó en él, haciéndole vomitar sangre en un negro chorro. La debilidad casi lo arrojó del caballo, pero él endureció el mentón y resistió sobre la silla, sonriendo malignamente.

—*Tormenta*, la Muerte nos teme —dijo al fiel caballo—. Me ataca con todas sus fuerzas ahora que le he declarado la guerra. ¡Mas no me conoce si cree que voy a abandonar! ¡Adelante, amigo!

El noble bruto relinchó salvajemente, pues amaba profundamente a su señor. Después, echó a cabalgar.

Jinete y caballo salieron del castillo y

atravesaron las calles de la capital imperial, provocando el asombro de los soñolientos ciudadanos.

Al salir a terreno abierto, Krantor descubrió que su propia caballería, más de treinta mil guerreros, le seguía los pasos.

—¡Míralos, *Tormenta*! —susurró el rey— Quieren devolverme a mi castillo, a mi cama, a los tratamientos de los físicos. ¡Corre, fiel amigo, galopa como el viento huracanado! ¡No permitas que nos atrapen!

El caballo aumentó su velocidad. Un furor salvaje, el espíritu de la vida, que también había poseído al animal, dio alas a los cascos. Su marcha se tornó tan rápida que el mundo alrededor de ellos dos devino un jirón confuso y multicolor. El rey su corcel se perdieron definitivamente de la vista de sus perseguidores.

Ya lejano el peligro, Krantor frenó a *Tormenta* y ambos descansaron en un fresco bosque. El rey cazó con su lanza. Después, comió la presa, un fuerte y joven venado, crudo. Aquel tosco manjar le satisfizo mil veces más que las exquisitas viandas de palacio.

Continuaron su imparable camino, siempre hacia Oriente, atravesando el Imperio y saliendo, por fin, de sus límites.

Surcaban ahora tierras desconocidas: estepas nevadas, praderas frescas y brillantes, pasos montañosos de arisca roca y un sinfín más de parajes libres, bellos, salvajes.

Peleó contra bandidos y asaltadores, venciénolos una y otra, ora gracias a la fuerza, ora a la astucia.

Mas a quien no podía derrotar era al Mal de la Muerte, que se cebaba en él con crueldad inusitada; entonces, el rey sentía sus ojos ciegos, de ellos caían sangre y mucosidades; las arcadas doblaban su cuerpo brutalmente, temblaba y sufría incluso espasmos y horrendas jaquecas le impedían pensar con claridad.

Durante tales estados *Tormenta* acariciaba con el hocico el ajado rostro y, a pesar del dolor, Krantor sonreía desafiante. Y decía:

—Mi buen *Tormenta*, la Muerte trata de aniquilarme por completo, mas yo resistiré. Mi cuerpo está maltrecho, sus golpes hacen retemblar todo mi ser... ¡Pero al final, yo venceré!

Tanta era su obstinación que en los momentos de mayor debilidad lograba alzar su espada y golpear a los fantasmas del aire, aquellos

espectros invisibles, servidores de la Muerte, que robaban el vigor a los fuertes. Así lo hacía hasta que caía al suelo sin sentido.

Cuando despertaba, notaba su cuerpo débil y maltrecho. Pero montaba sobre *Tormenta*, incapaz de rendirse.

No se detenía en aldeas o burgos. Los observaba a distancia con el ceño fruncido.

—Mi trato con los humanos ya ha pasado — solía murmurar a Tormenta, su único amigo—. Ahora me enfrento a enemigos más poderosos.

Y reía, poseído por la alegre locura de la que nada saben los hombres cabales.

Un día se hallaba sobre una rompiente de rocas, observando al mar agitado destrozarse contra los colosos pétreos. El aire fresco y cargado de salitre golpeaba su rostro y nubecillas de brillante espuma salpicaban sus botas. Krantor había quedado embelesado, mientras contemplaba el infinito mar, dejando que los recuerdos fluyeran y trazaran dulces heridas sobre la piel del alma.

Entonces, el *mal* se fue. Inesperadamente, Krantor lo sintió salir de su cuerpo como un humor espeso e invisible, un gordo gusano húmedo exhalado por los poros de su piel.

Ahora volvía a experimentar la plenitud de la carne sana. La ceguera, los dolores, las jaquecas y las náuseas habían desaparecido. El rey cerró su puño y sintió la bendita potencia de músculos y tendones robustos y ágiles, el rápido fluir de la sangre, la respiración profunda y la visión clara.

Sonrió, pensativo y triunfal.

—He ganado la primera batalla. He logrado que retroceda el enemigo. Pero la guerra sólo terminará cuando lo haya vencido definitivamente.

El caballo lo miró con sus negrísimo e inteligentes ojos. Tal vez comprendiera o no la locura o la agudeza del rey. De cualquier modo, en ellos brillaban el cariño y la lealtad.

Continuaron camino, un viaje hacia ninguna parte.

Llegaron a un gigantesco y triste erial. En él no había vida, excepto ellos dos: ni siquiera las moscas o los gusanos se aventuraban en aquel reino, el Imperio de la Muerte.

Krantor desmontó. El silencio se espesaba sobre los sonidos de roces y pisadas como una

serpiente aplastando lentamente a su presa. Tal pesadez resultaba terrible, por momentos intolerable.

Krantor desenvainó su espada y enarboló en la otra mano el hacha de batalla. Alzó las dos armas hacia el cielo y su voz tronó:

—¡Yo, Krantor El Poderoso, te injurio a ti, Muerte, con la Maldición de la Vida! ¡Estoy poseído por el Espíritu de la Vida y te reto a luchar noblemente y sin piedad!

El silencio continuó durante unos minutos.

Entonces, se escuchó sobre el Universo una bestial carcajada y una voz maligna y antigua:

“¿QUIÉN ERES TÚ, HOMBRECILLO, QUE OSA RETARME A MÍ, QUE SOY AQUÉLLA A QUIEN NADIE PUEDE ESCAPAR, LA MAYOR FUERZA DEL COSMOS?”

Tormenta a punto estuvo de caer en la histeria. Se revolvió y relinchaba, aterrorizado. Mas continuó en su sitio. Krantor descubrió, recortada contra las sombras, una figura en pie. Era alta y delgada. Vestía túnica rasposa y oscura que la cubría desde la cabeza a los pies. La capucha estaba alzada y al observar la negrura de su interior Krantor experimentó crudo vértigo, como si se tambaleara al borde de insondables abismos. Tuvo que desviar su mirada y concentrarla en un punto bajo el cuello del ser. De las amplias mangas surgían dos manos de hueso desnudo que sujetaban el asta de una larga guadaña.

—¡Al fin has salido a recibirme! -exclamó Krantor, sacando fuerzas del puro miedo.

—*Te lo aseguro, hombrecillo: sufrirás el más terrible fin que jamás ser inteligente alguno haya podido imaginar. Rebasarás umbrales de agonía más allá de toda comprensión. Concentraré mi inconmensurable crueldad en un tormento inacabable, y cuando me supliques a gritos el sueño eterno, afilaré el dolor hasta volverlo delirante, enloquecedor.*

Krantor, de pronto, experimentó una tremenda debilidad. Al fin y al cabo, aunque él era un rey poderoso, sólo se trataba de un humano, peleando contra Aquélla que había hecho doblar la rodilla a todos los vivos sin excepción.

Pero sintió el salvaje fluir de la sangre en sus arterias y el violento galopar de su corazón. Su rostro se contorsionó, iracundo.

—¡Tú eres la Muerte, pero yo la Vida! ¡Tú

permaneces, te mantienes inmóvil, pero yo vuelo y me elevo sobre las nubes oscuras! ¡No soy yo quien te reta, sino la Vida misma, y sin vida eres menos que nada!

La Muerte guardó silencio, como rumiando aquellas palabras. Alzó una de sus cadavéricas manos y el suelo entre Krantor y Ella se abrió súbitamente, provocando un estruendo ensordecedor.

El rey se tambaleó. *Tormenta* relinchó, víctima del pánico. Pero no sólo los humanos pueden realizar gestos heroicos: permaneció junto a su amo.

Por la grieta surgieron Pesadillas. No tenían otro nombre. Eran los miedos agazapados en el fondo de la mente humana, convertidos en materia sólida. Surgieron de la grieta en legión, como una enjambre de insectos gigantes. Eran el mal, el mal puro. Los había de todas las formas, algunas capaces de quebrar la cordura del más sereno. Los Miedos Humanos, transmutados en músculos, carne, patas, seudópodos, ojos, colmillos y pelo, cerraron contra Krantor.

El rey se sintió a punto de desfallecer, el horror que supuraba tanta alimaña le golpeaba en el rostro como un puño de hiezo. Pero, sin explicarse cómo, afirmó las piernas en el suelo quebrado y abierto en múltiples grietas, alzó el hacha y la espada y golpeó sin piedad.

El glorioso metal hendió la carne y el hueso. Había que luchar y matar. Era un trabajo que Krantor conocía bien. Se abandonó a la batalla, como un guerrero joven y deseoso de honores. De nuevo experimentaba aquella loca euforia, como en épocas lejanas, cuando los días y las noches transcurrían nebulosamente entre lucha y lucha. Empujaba, rajaba, pinchaba, aplastaba. Ellos eran muchos, pero una vez se les hacía frente, sin miedo, resultaba fácil vencerlos.

Al poco, el rey se halló rodeado de cadáveres informes, salpicado de sangre multicolor, temblando el hacha y la espada entre sus fuertes dedos. Los Miedos Humanos habían retrocedido, asustados ellos mismos por el ímpetu y el salvajismo de su oponente.

La Muerte alzó de nuevo su mano y las criaturas volvieron a las entrañas del mundo. Las heridas de la tierra cerraron y cicatrizaron velozmente. Los labios de la gigantesca grieta fueron unidos y se transformaron en simple y llano erial.

–¿Y bien, Muerte? –rugió Krantor, con ojos desorbitados– ¡Ya he vencido a tus primeras huestes!

–*Poco has hecho, hombrecillo* –contestó la Parca–. *Ahora te enfrentarás a tus semejantes.*

Krantor notó que el suelo bajo él temblaba. Se apartó de un salto. De allá donde apoyara los pies surgió una cabeza macilenta, plagada de diminutos y reptantes carroñeros. Tras la testa surgió el resto del cuerpo, humano, pero decrepito, surcado por jirones y abierto en decenas de agujeros. Tal ser llegaba precedido por un hedor insoportable, el olor de la putrefacción. Era un cadáver, un muerto viviente regurgitado desde los intestinos del mundo por su Señora la Muerte. El muerto miró a Krantor, que se hallaba traspuesto a causa del horror, y sonrió malignamente, abriendo las quijadas ahítas de tierra.

–*Míralos* –ordenó la Muerte–. *Son mis hijos, mis retoños, pero también tus semejantes, aquéllo en lo que sin duda te convertirás cuando ponga mi fría mano sobre tu nuca. Conócelos mejor. Intima con tus congéneres.*

Por todo el erial surgían los cadáveres, como obscenos vegetales creciendo y desarrollándose a un ritmo anormal. Pronto Krantor se halló rodeado de cientos de muertos redivivos. El rey retrocedió, intentando vencer el alucinante horror. Su mente se convertía en agua mientras contemplaba a los niños, las mujeres, los hombres y los ancianos espectrales que se le acercaban mugiendo triste, estúpidamente. Había allí soldados, sacerdotes, damas de alcurnia, mendigos, reyes, campesinos, comerciantes, prostitutas, caballeros, mercenarios,... Todos por igual habían muerto y ahora nacían de nuevo, impulsados por un malsano y tosco instinto, imbuido por La Parca.

Tormenta relinchaba agudamente junto a Krantor. El animal se alzaba sobre sus patas traseras y se revolvía, aterrorizado. El rey, ejecutando, un supremo esfuerzo de voluntad, atravesó la barrera del miedo y cargó contra los cadáveres animados.

De nuevo el hacha y la espada hacían volar miembros y cabezas, mas esta vez los enemigos no sucumbían, pues ya estaban muertos. Desmembrados, tullidos, decapitados, andaban o se arrastraban en su busca. El filo de las armas se manchó de tierra, gusano y sangre estancada.

Aquél no era un combate honorable ni limpio. Krantor a duras penas reprimió un sollozo cuando hubo de partir a un niño espectral. También, contra su costumbre, debía aniquilar a mujeres y ancianos. Sin embargo, procuraba pensar que aquellos seres ya habían fallecido, horas, meses o años antes de caer bajo sus armas.

Cuando ya el cerco se estrechaba peligrosamente, los cadáveres se detuvieron y separaron de él, rodeándolo. Sumidos en escalofriante silencio, se abrieron para dejar pasar a un compañero más.

Krantor vio llegar a su esposa, a su dulce mujer, fallecida años ha por culpa de unas fiebres malignas. No era como el resto, se presentaba tan bella y resplandeciente como el día que la desposó. Los rizos de oro caían sobre su rostro sereno y angelical.

—Esposo mío, únete a mí. Bebe la miel de mi boca y permite a tu cansada frente yacer en mi regazo.

Krantor se sintió de pronto exhausto. También ridículo y viejo. Al fin y al cabo, ¿qué era él? Sólo un hombre. Y el destino de todo hombre era la muerte. Libraba una batalla sin sentido, ahora lo comprendía. Deseó reposar entre los brazos de su esposa, añoraba sus cuidados, su amor, hacía demasiado tiempo desde que desapareció de su vida y el dolor de su pérdida había llenado los últimos años con un negro peso. A lo largo de su azarosa existencia conoció a muchas, pero ella fue su favorita.

Tiró la espada y el hacha y recibió el abrazo. Acarició el suave cabello ensortijado. Los labios de su reina se entreabrieron para entregarle un largo y cálido beso.

Entonces, algo gritó dentro de su mente, algo a miles de leguas de distancia y al mismo tiempo tan cercano que parecía a punto de hacer reventar su cráneo. Aquello era el instinto de la supervivencia, que siempre lo había avisado cuando el peligro arreciaba. Al contrario que otros, él nunca lo tomó a la ligera.

Los labios del rey no llegaron a tocar a su esposa. Separó su cabeza de ella.

—¡Bésame! —ahora, aquella dulce voz se había tornado un crujido de piedra sobre piedra— ¡Abrazame, esposo mío!

Krantor abrió sus ojos y contempló el pútrido cadáver de su mujer deshacerse entre sus brazos como lluvia de ceniza, gusanos y tierra.

Retrocedió, espantado, y escuchó un alegre y maligno tronar. Miró a la Muerte con amarga ira. Los cadáveres habían desaparecido y en el sombrío erial La Parca reía con voz cascada, profunda como las simas oceánicas.

—*¡Estúpido! ¿Ves a lo que te ha llevado tu insensato juego? Dolor en tus ojos, éso es lo que descubro. ¡Sólo un inútil sufrimiento!*

—No... —musitó Krantor, confuso.

—*¿Te consideras el paladín de la Vida? —*continuó La Segadora— *¡Yo te enseñaré qué es la vida!*

Krantor mantenía los ojos abiertos, y ante ellos el yermo campo desapareció y contempló animales y seres humanos heridos, sufrimiento físico y espiritual, miseria y desesperanza por doquier. Se hundía en un océano de lágrimas amargas. Divisó a los hombres batallando y muriendo, hermano contra hermano, padre contra hijo, amigo contra amigo, palpó su odio, descubrió la codicia y la lujuria que pervertían al inocente, el engaño que destruía la ilusión, la corrupción espiritual, el amargo desamor, las hirientes traiciones... Vio seres afanándose por continuar en pie un día, una hora, un segundo más, resistiendo y aguantando el peso de su propia infelicidad y resultando, al fin, aplastados sin piedad. Asistió a penosos espectáculos, como el del joven idealista cuyos sueños languidecían y acababan por desintegrarse en un mar de cinismo, a medida que la realidad aplastaba sus convicciones. También lo observó envejecer y ambicionar más dinero y poder. De igual modo, la muchacha dulce, risueña y amorosa se convertía, al final de su vida, en una arpía envidiosa de las mocitas que poseían lo que en ella se había secado y curtido. Rabia, cólera, desengaño, resignación... Incontables seres que caminaban arrastrando los pies, caían y se levantaban de nuevo, sobre una rueda sin principio ni fin, sufriendo una existencia implacable, hasta que caían desde el borde al eterno abismo.

—*¡Esto es la vida! —*la voz de la Muerte acompañaba a todas aquellas imágenes— *Dolor, agonía, desencantos... Una alegría aplastada por mil tristezas y rencores. Pero yo soy quien acaba con esta locura. Mi mano trae el descanso y la placidez que tú, viejo débil y senil, deseas, te atreves a rehusar.*

—*Eres el Campeón de la Vida. Pues entonces, experimenta lo que la vida es,...* ¡siento

el dolor de vivir!

Y el sufrimiento atravesó, arrasó y dominó a Krantor. La agonía física y espiritual de los seres aferrados a la vida se concentró en él. Gritó. Estaba ciego, en el paroxismo del malestar. Aquéllo resultaba insoportable, pero la Muerte no le permitía morir. Por el contrario, le mantenía plenamente consciente.

Tras una espantosa infinitud, las garras de La Parca soltaron su torturado espíritu. El rey se desplomó en la tierra, medio loco, jadeante, farfullando ininteligibles sonidos. Sollozaba, como un niño desamparado.

Por contra, la Muerte, ante a él, emitía burlonas y eufóricas carcajadas.

–Hombrecito, ya has experimentado en qué consiste realmente la vida. ¿Te ha gustado la experiencia? ¿Sigues dispuesto a continuar tu patética existencia cuando has descubierto lo que verdaderamente entraña?

Un atisbo de voluntad quedaba en Krantor, y a él se agarraba el rey, como un náufrago a la tabla. Buscaba razones, buscaba el porqué. Pero ya no podía encontrar las suficientes fuerzas como para seguir batallando.

De rodillas, derrotado e impotente, concentró su mirada angustiada en el negro suelo del erial. Y entonces descubrió algo brillante que surgía de la yerma tierra. Lo miro con atención y comenzó a reír estruendosamente.

La Muerte cesó sus carcajadas. Lo que Krantor había descubierto era un simple trébol, un trébol de cuatro hojas, brillante, verde y fresco. También La Parca percibió aquella excepción en su seco y oscuro reino.

–¡Esto es la vida! –bramó Krantor– ¡Oponerse a la muerte! Luchar contra ella segundo a segundo, como este ser que ha nacido donde nada debería crecer! ¡Ha surgido de nuestra lucha, y constituye mi victoria y tu derrota!

“Puedes hablar hasta el fin del mundo, Muerte. Puedes dar incontables razones sobre la conveniencia de morir, de abandonar la vida. Pero la vida no exige ni precisa motivos. La vida surge. No tiene un porqué, ella misma es fuerza pura, derrochadora y rebosante.

“La muerte es debilidad, la vida es el Poder, el Poder de resistir, luchar... ¡y ganar!

Aquellas palabras llenaban la mente de Krantor. Sentía fuego en todo su ser. Agarró el hacha que había soltado y lo lanzó contra La Parca.

La Segadora desapareció y el hacha pasó allá donde se alzara su triste figura y chocó contra la tierra.

La Parca había huido. Krantor venció al fin.

Una majestuosa paz le invadía al hombre. De pronto, la inmortalidad corrió a través de su arterias. Llegó hasta el fiel *Tormenta* y montó. El caballo relinchó, contento. Su dueño le palmeó el robusto cuello.

–¡Vámonos, amigo! –exclamó Krantor el Poderoso– ¡Aún nos queda mucho por vivir!

El caballo echó a trotar y los dos se alejaron, entre nubes de polvo y tierra, abandonando el negro y yerto erial..

La Diosa Negra

Por Luis Septién

Al bueno de Davi la diosa Shitala le había tratado con especial fiereza. Las profundas señales que la viruela había marcado en su rostro eran, sin embargo, la única secuela aparente que la enfermedad había dejado en el niño, de siete años, que caminaba despreocupadamente entre las columnas ricamente labradas del templo de Shree Meenakshi en Madurai.

Un brahmán leía en voz alta fragmentos de los Upanisad algo más allá en medio de un grupo de hombres y mujeres que permanecían sentados escuchando a su alrededor. La madre de Davi le vigilaba apoyada en una columna mientras pelaba una mandarina. Esperaba pacientemente las palabras de agradecimiento a Visnú por la recuperación de su hijo que el sacerdote le había prometido pronunciar al final de las lecturas, a cambio de una ofrenda. Ella y el niño se habían presentado en el templo cuando el sol aún no había salido, el pequeño con la cabeza totalmente rasurada cubierta de polvo de sándalo. Así se lo había ordenado el brahmán el día anterior cuando llegaron a la ciudad al caer la tarde.

Ahora Davi se alejaba poco a poco de la sala de las mil columnas, con su cabeza pelona teñida por el polvo de intenso color amarillo que su madre había comprado la noche antes en uno de los puestos cercanos al templo. Correteando por los enormes patios se acercó al santuario de Meenakshi Amman, donde esa mañana habían realizado la ofrenda. Observó con detenimiento el oscuro acceso a la capilla y las luces temblorosas del interior. Había visto imágenes de Meenakshi antes y no entendía nada de aquella historia de que sólo cuando encontrara al hombre (o al dios) que habría de convertirse en su marido le desaparecería el tercer pecho con el que había nacido.

En una de las paredes del santuario había una bonita pintura que Davi había

visto casi un año antes, en su primer viaje a Madurai. La recordaba con detalle a pesar de su edad pues le había impresionado ver a aquella extraña princesa de tres senos a la luz parpadeante de las velas, y a Siva, con quien habría de desposarse en unos días, sonriente en lo alto del monte Kailas.

Davi no comprendía gran cosa de la vida de los dioses aunque les veía con frecuencia caminando entre los mortales. Los encuentros se habían hecho muy habituales desde que pasó la enfermedad. Al principio sus padres consideraron que la vengativa diosa Shitala le había infligido un castigo por escapar con vida de su manto de fiebre y dolor, pero enseguida se dieron cuenta de que sin duda a Davi le había sido otorgado un don, un regalo prodigioso que le permitía caminar al lado del héroe azul del Mahabharata y contemplar el paso torpe del dios elefante.

El niño rodeó el gran estanque rectangular donde tres peregrinos se purificaban, sumergidos en el agua turbia. Les miró muy atentamente mientras seguía caminando por la estrecha franja pavimentada que separaba la piscina del muro exterior del templo. Un águila de cabeza blanca sobrevolaba la escena emitiendo con frecuencia un chillido corto y agudo. La voz del brahmán era un murmullo lejano mientras el pequeño proseguía su paseo al amparo de la imponente muralla que le cobijaba de un sol implacable. Se detuvo unos instantes para escuchar los gritos de los vendedores de especias y frutas que así intentaban atraer a los clientes al otro lado del muro.

Al llegar al gopuram de la esquina sureste del complejo se detuvo. Nunca había estado en esa zona del templo, ni siquiera con sus padres, y se deleitó contemplando la descomunal torre profusamente decorada con centenares de figuras pintadas de vivos colores. Buscó, tal y como le habían enseñado a hacer desde

muy pequeño, la imagen de Visnú, su protector, pero hubo de conformarse con un Krishna que interpretaba una alegre melodía a la flauta para su séquito de bailarinas ansiosas por tocar su piel azul.

Recordó que su madre le había dicho que en esa zona del templo había un pequeño santuario dedicado al dios Visnú e impulsado por ese aliciente empezó de nuevo a correr hasta un próximo edificio que sin duda estaba consagrado a su salvador. Al llegar jadeante a la construcción, se apercibió de que en la pequeña meseta porticada que constituía la antesala del oratorio había un grupo de gente. Se acercó y vio que se trataba de cuatro sacerdotes que sentados en el suelo jugaban al chaturanga. Aunque Davi desconocía las reglas del juego, sabía que una partida de cuatro podía llevar varios días y le gustaba ver los hermosos tableros de mármol blanco con incrustaciones de piedras semipreciosas sin que al pasar la uña pudiera notarse la diferencia de un material a otro. Las piezas de arenisca, delicadamente talladas, le recordaban sobre el tablero a un desfile que presencié una vez con su padre en la toma de posesión del rajá Chandragupta, con elefantes y todo.

Aunque los contendientes permanecían en absoluto silencio, el niño requería al parecer más intimidad para su encuentro, así que decidió dar una vuelta completa al edificio, como si pasara por allí.

Aún no la había completado cuando oyó el silencio. Súbitamente el águila, el brahmán, los vendedores, los peregrinos, los sacerdotes... todos desaparecieron del tiempo y sólo estaba él, caminando alrededor del sencillo santuario de Visnú el Creador. Sólo existía el sonido de sus pasos titubeantes sobre la arena. Sólo su saliva a través de la garganta. Davi supo en ese preciso momento que iba a ver a los dioses. Entonces, valeroso y decidido se dirigió de nuevo al sombrío soportal. El ruido volvió de repente, igual que se marchó. Gritos. Lamentos. Dolor.

En ese instante la vio. No podía evitar seguir caminando y entre las

columnas distinguió perfectamente a la diosa Kali. Jamás antes la había visto. Hacía un ruido espantoso mientras se comía las vísceras de uno de los sacerdotes, introduciendo su negra cabeza en el costado firmemente sujeto por tres de sus manos. Luego las masticaba como un animal, mirando nerviosa a su alrededor, descuartizando distraídamente los cuerpos de los cuatro hermosos pensadores. La guirnalda de cráneos que llevaba alrededor de su cuello producía un ruido seco e hipnotizante al hacerlos entrecocar con sus bruscos movimientos. Davi vio los restos de los jugadores esparcidos por el suelo y decidió subir. La diosa negra le miró fijamente y danzando sobre los cadáveres de sus víctimas se acercó al tablero blanco de marfil salpicado de sangre, sin dejar de observarle.

En dos segundos colocó las treinta y dos piezas. Kali la cruel. Kali la terrible. Sin dejar de mirarle jugó una partida ella sola moviendo frenéticamente sus diez brazos. Era imposible seguir el torbellino de sus manos sobre el tablero. Davi comenzó a subir los peldaños hacia el pórtico. Kali sonreía.

–Vete –dijo el niño, llegando arriba. La diosa negra ya no sonreía y Davi ya no era un niño. Era Siva, henchido de poder y con un gran tridente en su mano derecha, y montaba a Garuda, mitad hombre, mitad águila, y su aspecto era en verdad terrible. – ¡Vete! –ordenó. Y en ese momento la tierra tembló y una parte de los soportales se desmoronó y un ruido ensordecedor se extendió por todo el templo. Kali empezó a chillar como un animal acorralado. De un salto se plantó sobre una de las columnas y trepó por ella como una araña para luego dirigirse a través del techo hacia la negra entrada del santuario, y allí desapareció, aunque sus gritos aún se oyeron durante unos instantes, cada vez más lejanos.

Cuando llegó la guardia del rajá apenas unos minutos más tarde, se encontraron a un niño con la cabeza cubierta de polvo amarillo, hecho un ovillo, dormido en el suelo. El pequeño se hallaba rodeado de despojos humanos, restos de las

losas de piedra derruidas, piezas de ajedrez y un tablero quebrado. Los soldados apenas podían contener a la muchedumbre que se agolpaba en las cercanías del templo deseando saber qué había ocurrido. Dos de ellos se empleaban a fondo para sujetar a una mujer que gritaba ansiosamente estirando los brazos entre los dos hombres para intentar estar más cerca de su hijo.

El brahmán que recitaba los versos sagrados se había acercado al lugar del suceso flanqueado por dos soldados que empuñaban nerviosos sus sables. La multitud se mantenía expectante y sólo los gritos de la madre de Davi quebraban el silencio de la escabrosa escena.

El brahmán examinó al niño y con un leve movimiento de su cabeza hizo saber a los guardianes que estaba vivo. Dejaron entonces pasar a la mujer que se precipitó hacia su hijo como una pantera ansiosa por acariciar a su cachorro. Y sin dejar de tocarle le dio de nuevo gracias a Visnú por haberle protegido, ignorante de que su salvador había sido en esta ocasión el marido de Kali: Siva, el poderoso dios de la fertilidad.

Garuda siguió sobrevolando el templo de Shree Meenakshi durante el resto de la mañana para asegurarse de que la diosa al fin se había apaciguado, sin dejar de emitir esos agudos sonidos que Davi escuchó en el estanque horas atrás.

Muchos años después todavía en Madurai se habló de aquel desafortunado y extraordinario acontecimiento. El relato de Davi dio muy pronto la vuelta por toda la India. Y en pocos meses los artesanos del sur y luego los del norte comenzaron a combinar en los tableros de ajedrez el mármol blanco con madera de ébano y obsidiana, alternando en cada casilla el blanco y el negro. El rumor de que Kali encolerizada había matado a cuatro sacerdotes por jugar al chaturanga sobre un tablero sólo blanco pronto se tornó en leyenda y en vez de despreciada, la diosa fue objeto, aún más si cabe, de veneración por parte de los indios.

Después de aquel sueño Davi no volvió a ver a los dioses. Visnú debió considerar que ya había sido suficiente para un niño de siete años, o tal vez que éste ya había cumplido su cometido extendiendo a los cuatro vientos su historia para recordar a los hindúes la furia con que la diosa negra podía llegar a mostrarse. Aunque es imposible intentar comprender los medios de los que se valen los dioses para conseguir sus fines, pues estos mismos les son ajenos a todos los mortales.

Davi creció y vivió muchos años y su familia se extendió al norte hasta más allá de Madrás. Y fue un hombre feliz, aunque jamás aprendió a jugar al chaturanga.

Leyendas

LPS GIGS PALMER PRESENT

La Xana



EN UNA CABAÑA DE UNA ALDEA VIVIA UNA JOVEN MUY BELLA, SOÑADORA Y VANIDOSA...



SE PASABA LAS HORAS JUNTO A LA FUENTE, PEINANDO SU MELENA Y ADMIRANDO SU HERMOSURA EN LAS LIMPIAS AGUAS DEL ESTANQUE...



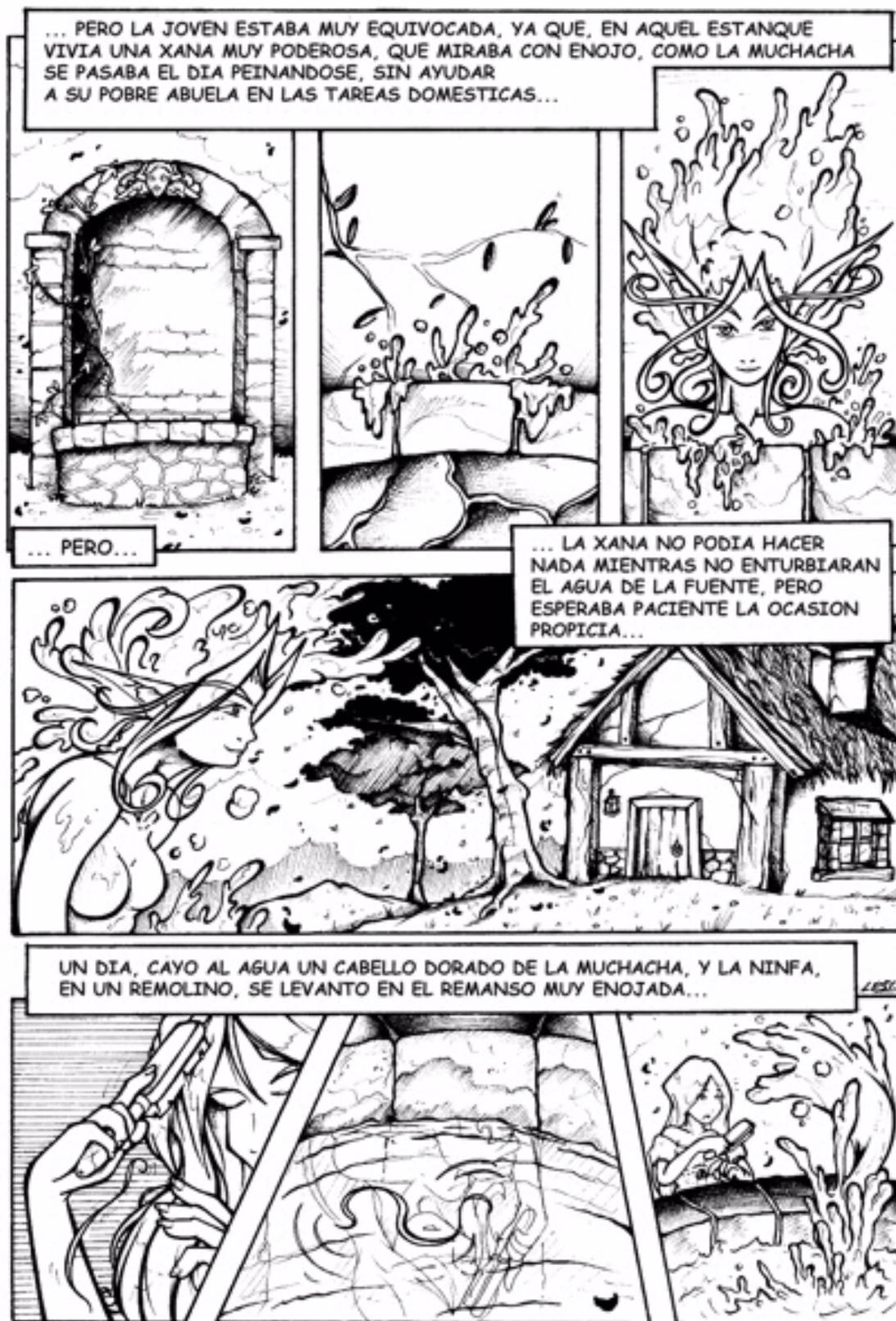
ES PELIGROSO PEINARSE CERCA DE LA FUENTE... ¿ME OYES?...



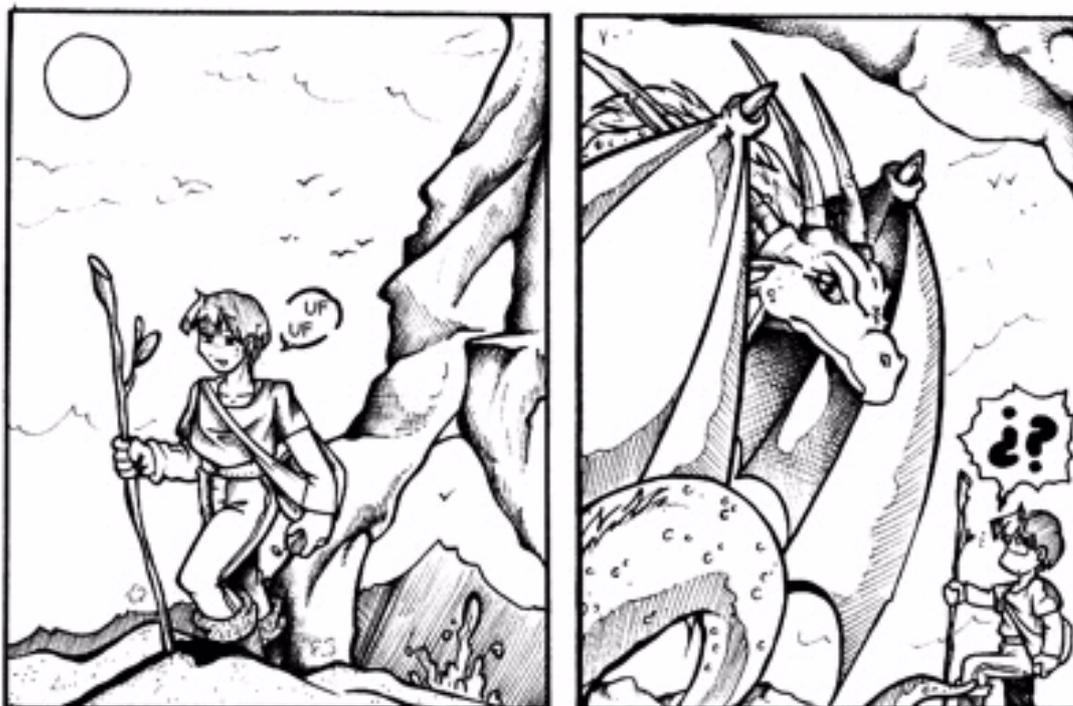
... TEN CUIDADO, POR QUE SI UN CABELLO CAE Y ENTURBIA EL AGUA, LA XANA DE LA FUENTE TE AOJARA...

¡CUENTOS DE VIEJAS!

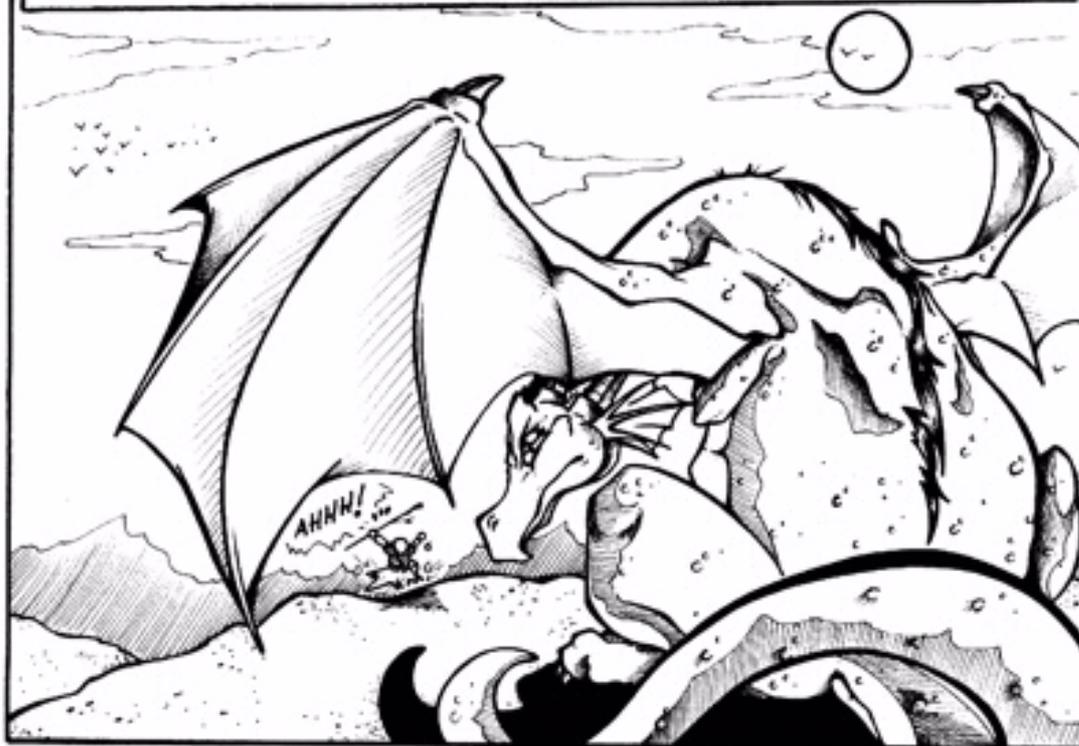








... Y ASI, ESCONDIDA EN UNA GRUTA CERCA AL MAR, VEIA COMO TODOS LOS JOVENES HUIAN DE ELLA ASUSTADOS, MIENTRAS ESPERA A UN CABALLERO QUE LA ENCUENTRE HERMOSA PARA TORNAR A SER DONCELLA...



THE END... *AL/12*

Noche bruja

Por Jennifer C. M.

El ocaso abre el telón negro,
perlas que brillan extendidas en el cielo,
aroma dulce y embriagador,
te incita a tomar otra copa de vino,
a gozar del calor de un amigo,
a maravillarte con los sueños testigos
de ese amor que un día fue perdido.

Un narrador viejo y sabio,
hoy te contará un largo cuento,
de un príncipe y de su princesa,
de una hermosa hechicera y un corcel,
que a manos del Diablo,
que incrédulos de los Dioses,
terminaron en final trágico.

Bailarán los pequeños duendes por el bosque,
esta mañana vi sus huellecitas diminutas,
como destellos en el dulce azúcar;
y también sus hadas, bellas damiselas,
que con sus múltiples alas hechas de alegrías,
recorrerán las altas cimas,
para contarte a ti querida niña
que es amar y que es odiar la mentira.

Acariciarás mi mano mientras duerma,
habrá rayos y misterios en las tinieblas,
que asustada quedarás por la eternidad,
mas te repito que confianza te puedo dar,
ven, en mis fuertes brazos cuan leñador soy,
una cuna de músculos para ti soy,
una danza medieval juntos crearemos hoy.

¿ Oyes? Algún peregrino entra en el templo,
alguna mujer da a luz a un nuevo deseo,
dos muchachos se aman sin desenfreno,
la lluvia cae en el sendero, la nieve en alud,
el Sol duerme en otro hemisferio,
es la noche, es su velo de bruja sin credo.

Un compás, dos notas de soledad,
un febril ruiñeñor canta mi canción,
es una noche especial, jamás la olvidarás.
Pociones de sangre y cabello de unicornio,
amor de dos lindos tenorios por su estrofa,
verso que brillas en el armario del repertorio,
ataúd para el que ya está muerto,
y una noche que de escoba y calabaza,
es Halloween,
noche de brujas, noche sin igual.



La Puerta Etrusca (VI)

Por Jorge R. Ogdon

31.

Las gotas de lluvia golpeaban contra los vidrios de las ventanas, tamborileando sobre ellos con un incesante y seco sonido, para terminar resbalando, como brillantes perlas sobre una seda, hasta perderse camino abajo por las húmedas paredes de la casona. Un sordo retumbar de truenos se dejaba oír cada tanto como tremendos cañonazos, que hacían temblar el aire por encima de los solitarios y silenciosos espacios de la campiña circundante. Relámpagos fulgurantes cortaban esporádicamente el cielo, renegrido y convulsionado, como abiertas heridas de luz, acompañados de descargas luminiscentes que rebotaban alocadamente sobre las copas de los árboles del parque, dejando estelas de luminosidad en los ojos que, por casualidad, llegaban a observar el fenómeno refulgente.

Julio aun llevaba parte de ese radiante sello en los suyos, cuando se decidió a abandonar su observatorio junto a una de las ventanas de la biblioteca y volver al escritorio para retomar la tarea que había sido interrumpida por el trámite de conocer al personal que trabajaba en su finca. “Vaya reunión más rara”, se dijo al recordarlo.

Con un cigarrillo encendido colgando de la comisura de sus labios, se acomodó en el sillón del escritorio y miró el material desparramado sobre él, removiendo algunos papeles sueltos, para luego acomodar ordenadamente los libros que, aparentemente, él mismo había puesto al alcance de su mano.

Leyó sus títulos, ya que no tenía la menor idea acerca de su contenido ni por qué razón los había elegido o dejado allí: el primero que revisó era un opúsculo delgado de tapas blandas y bastante manoseadas, por lo que dedujo que había sido consultado con frecuencia, seguramente por el propio conde Bruno; se titulaba “Aspects inédits de la Magie et de la Sorciellerie dans la Région de Paris aux XVeme Siècle après J.-C.” y su autor era un tal Pierre Lambereaux; a la vista un francés, porque estaba escrito en esa lengua

impenetrable para Julio. La obra había sido impresa en París en 1820 y el índice del contenido le puso al tanto, luego de un gran esfuerzo por volcar al español el entreverado lenguaje galo, que trataba acerca de casos de hechicería llevados a juicio en la región parisina hacia el siglo XV. Una obra rara y posiblemente valiosa para un bibliófilo o un librero anticuario, pero, ¿qué utilidad podría haber tenido para el conde?

Lo dejó a un lado y cogió otro más voluminoso y de tapas de cuero rojizas y desgastadas a causa de su uso asiduo; había sido escrito por Ian Proteivsky, profesor de religión de la Academia Nacional de Historia de Praga, y se titulaba “Kulten des Kharun, Thukulukhai und andere Dämonen der Alt-Etruskischen Kultur”. Tampoco sabía alemán, pero inmediatamente reconoció los nombres “Kharun” y “Thukulukhai” como los mismos “Carún” y “Tuchulcha”, el primero en boca de Vespertino, el pastor loco, y, el segundo, en el diario del conde. Arqueó las cejas con gesto sorprendido. ¿Habría visto el libro mientras recorría –y si es que alguna vez lo había hecho– las estanterías de la estancia y esa correspondencia le había venido a la mente ya entonces? ¿Por eso había cogido el libro de su sitio y lo había puesto sobre el escritorio,... como los otros? No lo recordaba, pero dejó el pesado volumen a un costado, como para hojearlo más tarde: dijera lo que dijese, el alemán era un obstáculo insalvable. Le dio, sin embargo, una última hojeada rápida y notó que tenía numerosas ilustraciones de figuras demenciales, horripilantes, demoníacas. “Los demonios etruscos de la Muerte”, recordó las palabras del conde en su diario. Se decidió a dejarlo cerca, ya que las imágenes podían servir de algo en el futuro, cuando leyera acerca de estas criaturas del Averno en alguna lengua más familiar. Entonces, podría reconocerlas a ellas, sus atributos y funciones. “¡Cuánto interés por la magia tenía el conde Bruno!”, exclamó mentalmente.

Un tercero le llamó la atención porque, además, estaba en inglés, el que sí entendía

bastante bien: se trataba de un delgado opúsculo editado en los Estados Unidos de Norteamérica en 1890, escrito por un tal Charles G. Leland, que llevaba por título el de “Aradia, Gospel of the Witches”... “El Evangelio de las Brujas” –tradujo Julio, algo azorado por semejante encabezado– “En efecto, el conde andaba enredado en la hechicería y esas cosas. Por ahí, era parte de sus estudios sobre la antigua religión de la zona. ¡Claro, eso es!”.

Como se trataba de una obra que prometía una lectura rápida en comparación con los mamotretos indescifrables que había revisado antes, decidió que arrancararía sus lecturas con ese, que se le hacía tan misterioso y atractivo. “Sin olvidar al buen Tito Livio. Ese romano debió haber dejado algún relato relacionado con los acontecimientos ocurridos en tiempos de mi pariente, no tengo dudas” –se dijo mientras sostenía el volumen en sus manos. Prestamente, lo revisó para corroborar en qué idioma estaba escrito: para su sorpresa, estaba en español. “¡Vaya suerte!” –se felicitó mentalmente, al tiempo que esbozaba una tenue sonrisa.

Apartó ambos libros del resto y se removió en su asiento, apagó el cigarrillo y, en ese momento, se volvieron a escuchar golpes en la puerta de la biblioteca:

–¿Sí, quién es? –preguntó, volteando la cabeza en esa dirección, con un rostro que mostraba algo de fatiga.

–Soy Angela, de nuevo, *Signore Conde* –se dejó oír la voz cantarina de la joven.

–Pasa, pasa, Angela, adelante.

–Permiso, *Signore Conde*, le traigo el té que le manda la señora Delia. Está bien caliente, como para reconfortarse del tiempo terrible que nos ha tocado en suerte.

–Sí, es cierto. Valentina tenía razón.

–¿En qué, *Signore Conde*?

–“El clima es raro por aquí”, esas fueron sus palabras.

–Ya le dije, *Signore Conde*, que no debe prestar mucha atención ni tomarse muy en serio lo que dice. Es una niña todavía, a pesar de su edad.

–¿Qué edad tiene Valentina, Angela?

–Oh, ya cumplió los trece, *Signore Conde*. Un número afortunado, según nuestras tradiciones.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué?

–Bueno, *Signore Conde*, tengo entendido que el número trece algunos lo consideran de mal

agüero y otros como de buena fortuna. Prefiero ver el aspecto bueno de las cosas. Pero, también, prefiero atenerme a lo que mis ancestros siempre contaban.

–¿Qué es?

–El trece es el número del delfín, *Signore Conde*.

–¿El número del delfín?

–Sí, *Signore Conde*. Como todas las grandes culturas de Italia, los etruscos tenían ceremonias de iniciación a los Misterios.

–¿Misterios, qué misterios?

–Bueno, no los conozco, las mujeres no participaban en los de los hombres, así que desconozco de qué se trataban. Pero lo que me contó mi abuela es que había distintos pasos en la iniciación y que cada uno tenía asignado un *symbolon*... Una figura... una figura que representaba que el principiante había sorteado esa etapa de su marcha hacia el Gran Misterio.

–¿Gran Misterio? Diablos, suena como algo extraordinario, ¿no?

–Y debió serlo, *Signore Conde*... y no invoque a los demonios, por favor. En aquellos tiempos tan lejanos todos los hombres aspiraban a iniciarse y alcanzar el Gran Misterio. En fin, *Signore Conde*, que el paso número trece estaba figurado por un delfín saltando fuera del mar, como marca de una de las principales etapas del camino. En ese estadio, el principiante sufría su primer cambio.

–¿Cambio? ¿Cómo cambiaba?

–No lo sé, *Signore Conde*, es parte de los Misterios, pero... se enfría el té y no querrá beberlo frío. ¿No le parece que es hora de encender una estufa en esta habitación? Hace frío aquí, *Signore Conde*, y usted viene de una dolencia aunque esté más recuperado.

–Sí, es cierto, ahora que lo dices lo he empezado a sentir.

–Sí, *Signore Conde*. Le diré a Vípero que traiga una estufa encendida y lo haga de inmediato. No sea cosa que se pesque usted un resfriado.

–Está bien, Angela, gracias, gracias.

Angela repitió su reverencia habitual, señal de que se retiraba a cumplir con sus deberes, bajo la mirada de Julio, detrás de la cual se escondía un creciente y dominante sentimiento hacia la muchacha: el deseo.

32.

Volvió a sentarse en uno de los sillones, esta vez en el de la única ventana al oeste. Vientos arremolinados hacían que la persistente lluvia cayera sobre este lado de la casa tanto o más que del otro en el que había estado antes, por lo que resolvió quedarse allí, con el té de la señora Delia en las manos, bebiéndolo de a sorbos cortos porque realmente estaba caliente.

El té, que había escudriñado atentamente a la luz de la lámpara del escritorio, era de un color... a té, común y silvestre; sólo que, en el fondo de la taza, se habían asentado los restos triturados de unas hierbas, las mismas que debían darle ese aroma dulzón y agradable. “La señora Delia me pertenece, como todo aquí. No sé de dónde me vienen estos arrebatos de paranoia. Ella, como los demás, debe estar para protegerme y servirme. ¡Qué estúpido soy al pensar lo contrario! Pero, es que es un misterio, esta mujer. Y es que, a pesar de lo que me dijo Angela, ¡vi el temor en sus ojos aquella vez! Y Valentina, ¿por qué salió corriendo y diciendo que la iba a ‘castigar’? ¿Qué ‘castigo’, una reprimenda, un ‘no hay postre después de la cena’? Y más aun, ¿Con qué autoridad, estando el Conde en casa?”.

O, como por una razón que no podía explicarse racionalmente, era un “castigo” algo más temible y que, por momentos, alcanzaba a presentir y, por otros, a imaginar con imágenes tan vívidas como si él fuera la niña misma.

Porque, en el entresueño en el que cayó mientras contemplaba aproximarse la tormenta hasta que se desencadenó –y habrán sido unos veinte minutos, a lo sumo–, su mente fue invadida por escenas que ahora no recordaba exactamente, pero que despertaban en su inconsciente la más grande repulsión: tortura, sadismo, hierros, sangre, gritos, lágrimas, dolor,... y la risa bestial, desenfadada y maligna de... “¿De quién? Esa risa no era humana, *no pudo serlo*” –concluyó con mayores intrigas que certezas.

Desde el cielo se desgajó un rayo que golpeó un grupo de árboles cercano a la mansión, produciendo un estampido ensordecedor seguido inmediatamente por una humareda, en el centro de la cual retornaba, al lugar de donde había venido, una llamarada de fuego lo suficientemente fuerte como para no dejarse abatir por la tupida cortina de agua de la lluvia.

Julio contempló fascinado el evento de la Naturaleza, con los ojos fijos en la lucha desigual entre el fuego y el agua, hasta que el primero tuvo que ceder al embate arrollador del segundo, para terminar su arrebato vital como una densa cortina de humo que, al fin, también desapareció, dejando atrás únicamente los cadáveres de los tocones retorcidos y renegridos que eran todo lo que restaba de la antigua y hermosa arboleda.

Sonaron golpes en la puerta de la biblioteca y Julio, con voz algo ronca, demandó la identidad del visitante.

–Soy Vípero, *Signore Conde*, le traigo la estufa.

–Ah, sí, adelante, Vípero, ponla donde te parezca bien. Conoces mejor los usos de la casa que yo.

–El Conde Bruno solía ponerla en el centro mismo de la pieza, *Signore Conde*. Decía que era el mejor sitio.

–¿Conociste al Conde Bruno?

–No, *Signore Conde*. Mis padres le sirvieron. Cuando yo nací él ya no estaba aquí, se había... marchado.

–Ah. Bueno, entonces pon la estufa en donde siempre.

–Sí, *Signore Conde*.

–Gracias.

–¿A qué hora desea que le suban la cena, *Signore Conde*? Angela me ha dicho que permanecerá aquí por un tiempo largo.

–En efecto, Vípero, ya llamaré a Angela cuando me dé apetito, ahora no tengo ganas.

–Lo que usted diga, *Signore Conde*.

–Bueno, volveré a mis tareas, entonces.

–Sí, *Signore Conde*, me retiro. Ah,... antes que lo olvide. Su pedido, mañana por la mañana tendrá todo lo que le pidió a Angela.

–Muchas gracias, Vípero.

–A sus órdenes, *Signore Conde*, que tenga usted una buena noche.

–Gracias, igualmente.

–Hasta mañana, *Signore Conde*.

–Nos vemos.

Vípero cerró la puerta tras de sí, mientras Julio se acercaba a la estufa y estiraba sus brazos con las manos abiertas hacia ella. Realmente, estaba haciendo un frío de invierno. Se acercó a un mueble de oscura madera azulada, que le resultó completamente desconocida; tenía una puerta que parecía la de un bar; la abrió y,

efectivamente, ante su vista aparecieron tres series de botellas de cristal finísimo conteniendo lo que a todas luces eran licores y bebidas espirituosas varias.

“Un chorrito de alguna de estas delicias al té de Delia no le vendría mal” –pensó, al tiempo que tomaba una de las botellas y leía en su cartel de plata labrada: “Licore Salú de Nassau”. Nada le decía este nombre, sino que era un licor. Quitó la tapa de cristal facetado y un aroma exquisito asomó por el largo cuello, que conquistó por completo la aprobación de Julio. Echó apenas unas gotas en el té, lo probó y se alegró de su decisión; por las dudas, escanció otro poco más y volvió a sentarse en el sillón.

El cielo continuaba derramándose como un incontenible océano que se decantara bajo la forma de miles de millares de lágrimas, formando cortinas de agujas de plata que se entrecrocaban entre sí, para continuar su desbocada caída hacia la tierra o elevarse por efectos del viento hacia las alturas y volver a intentar su camino hacia abajo.

La oscuridad era impenetrable, excepto cuando un relámpago zigzagueaba sobre el manto negro del cielo o un rayo marcaba la senda entre éste y la tierra. Entonces, el horizonte ondulante de las colinas se iluminaba con iridiscencias deslumbrantes sólo por un instante, dibujando luces y sombras entremezcladas de manera deforme sobre el oleaje de los terrenos plagados de charcos como espejos.

Fue en una de esas ocasiones que le pareció ver –y fue tal el salto que dio del sillón a la ventana que su cara casi golpea contra el vidrio– una joven figura embozada que iba a la carrera entre los abetos de un bosquecillo cercano, en dirección al sendero que Valentina y él habían tomado hacía un rato antes para ir a la destartalada casa de descanso. No lo dudó ni por segundo, se dirigió prestamente a su cuarto, tomó un impermeable de su valija, corrió mientras se lo echaba por encima de la cabeza, sin siquiera ponérselo; descendió la gran escalera que conducía al recibidor y salió en rauda carrera tras la misteriosa figura del desconocido.

33.

Al abrir la puerta que llevaba al exterior, un remolino de viento huracanado y húmedo, mezclado con la alborotada lluvia, le golpeó e

hizo retroceder un paso, tal era la fuerza del ventisquero y la tormenta. No se amilanó por eso y arrancó de nuevo a toda la velocidad que le permitían sus piernas, bajando por los marmóreos escalones hasta que perdió pie y salió casi volando para caer sobre su trasero en uno de ellos.

–¡Ah, mierda! –alcanzó a exclamar antes de sentir el dolor que agarrotaba su pierna derecha –¡Pero la gran pu...! ¡Ah, justo ahora, maldita sea!

Intentó regresar por la escalinata, arrastrando su pierna magullada, que apretaba con una mano, en tanto que con la otra se aferraba y tironeaba del peldaño superior, a fin de trasladar, aunque fuera a la rastra, su cuerpo maltrecho hasta el refugio del techo de la galería; ya estaba hecho una sopa, estaba teniendo escalofríos y seguro que el episodio iba a terminar convirtiéndose en una pulmonía, “¡Hace un frío de la sanpú!” –pensó al compás de sus tiritantes dientes. El esfuerzo se le hacía, con cada peldaño que conseguía trepar, más y más difícil; comenzaba a sentirse entumecido. “¡Dios, me estoy congelando! ¡No, no! ¡Dios, ayúdame a llegar!” –rezaba frenéticamente en su cabeza. Sentía la mano que arrastraba al resto de su humanidad cada vez más tiesa, entre el helado mármol y la incesante lluvia fría; las gotas de agua ahora parecían agujas de acero congelado, pesadas como perdigones de caza y, como ellos, buscando perforar su aterida carne.

De improviso, alguien lo tomó por los sobacos y tiró de él con fuerza inusitada, levantándolo prácticamente en el aire como a una pluma y llevándolo hasta la galería.

–¡*Signore Conde, Signore Conde*, vamos, respóndame! ¡*Signore Conde*, reaccione, por favor, vamos, vamos, no se desvanezca! – escuchaba una voz desconocida a la vez que sentía que lo sacudían con vehemencia; luego, que le frotaban el rostro y las manos con vigor.

–¡Ah, suerte que llegaron! ¡Vamos, ayúdenme con él, hay que desenfriarlo de inmediato! ¡Vamos, ¿a qué esperan?! –siguió hablando la misma voz y exhortando a otros, que también estaban junto a él, para que le ayudaran. Les dejó hacer, el dolor de la pierna lo tenía al punto del desmayo y estaba tan entumecido que no podía ni hablar. Curiosamente, la garganta le ardía como si estuviera en llamas y, cada vez que tragaba saliva, era como si pasaran una lija gastada por ella. “Oh, no, lo único que me faltaba era esto” –se dijo con un fuerte sentimiento de impotencia– “¡Y

estoy seguro que lo hubiera alcanzado!”. En una semi inconsciencia, alcanzó a escuchar la reconocible voz de Angela, que exclamaba:

–¡Santo Dios, ¿qué ha ocurrido ahora?! ¡Oh, Santa Virgen del cielo, *Signore Conde!*

34.

Las gotas de lluvia golpeaban contra las ventanas de su habitación, en donde Julio yacía nuevamente en su cama adoselada. Alrededor suyo, se encontraban Vípero, Angela, Valentina y alguien que, en un principio, no alcanzó a recordar, pero que luego reconoció: Lumbro, el cazador.

Era él quien lo había encontrado en la escalera exterior y lo había arrastrado hasta la galería; al menos, eso escuchó que Angela le contaba a Valentina, quien no dejaba de sostener una de sus manos entre las de ella. Angela quiso que las retirara, pero Valentina se negaba con una dura y sostenida mirada a los ojos de su hermana mayor.

–Valentina,... Valentina, sáca tus manos de encima de la del amo. ¡Vamos, niña cabezuda!

–¡Cállate, Angela!... Él no se enojará. Él y yo ya paseamos de la mano. Toda la tarde, Angela, toda la tarde –le espetó con ánimo de molestarla.

–¡¿Que tú y el Conde han paseado tomados de las manos?! ¿¡Toda la tarde!? ¡Valentina, sal de aquí inmediatamente! ¡Mocosa del demonio!

–¡Ja!... ¡Más quisieras, Angela!... ¡Tiene unas manos hermosas!... –oyó que la voz de Valentina se alejaba con ella.

–¡Vete de una vez! ¡A la cocina, Valentina, a la cocina! – gritó exasperada Angela desde la puerta de la habitación hacia el corredor. La respuesta final de Valentina no llegó a sus oídos, aunque sintió su reverberación por las paredes del corredor. Julio abrió un ojo y esbozó una ligera sonrisa socarrona:

–Vamos, Angela, “es sólo una niña”,...

–Ah... *Signore Conde*, ¡qué fortuna, ya se recupera! Usted no para de darnos susto tras susto, *Signore Conde*. ¿Se puede saber a dónde quería ir con esta tormenta? –exclamó Vípero con el rostro distendido por el alivio.

–Iba..., iba a..., ¡Qué se yo a dónde iba, Vípero! –respondió Julio, con dudas al principio, pero terminando en un arranque de impotencia.

–Disculpe, *Signore Conde*, no quiero ser impertinente, pero Vípero tiene razón en

preguntarle –intervino Angela con firmeza; Julio le miró a los ojos y vio la determinación que la alentaba. Su cabeza no paraba de inventar excusas plausibles, pero no se le ocurría ninguna. “¿Por qué no decir la verdad?”

–Bueno,... en realidad iba a salir en persecución de alguien. Un extraño a la finca, creo –balbuceó con voz rasposa.

–¿Persiguiendo a alguien? ¡¿A quién, *Signore Conde!*? –inquirió Vípero con sorpresa.

–Si lo supiera, Vípero, ya estaría mandándote a por él, ¿no te parece?

–Sí, claro, claro, *Signore Conde*. Pero, ¿cómo era?

–Iba embozado con una amplia capa. Oscura, me parece. Con la lluvia y la oscuridad no le vi muy bien, por cierto. Pero ya es la segunda vez que se aparece,... y desaparece,... también.

–¿Segunda vez? ¿Cuándo lo vio otra vez?

–No sé, dormía la siesta...

–¿Lo vio durmiendo la siesta?

–¡No, Vípero, no! ¡Yo dormía la siesta!

–Y..., ¿cómo es que le vio si dormía, *Signore Conde?*

–¡Oooh, Vípero, me estás enloqueciendo!

–Vamos, Vípero, déjame a solas con el *Signore Conde*. Lo estás perturbando y debe reposar. La caída fue dura, según dijo Lumbro –Angela se entrometió para detener a Vípero y dio pie a Julio para que recordara a Lumbro.

–¡Eso, Lumbro! Y tú, ¿qué hacías rondando la casa, eh? –le preguntó al cazador, medio irguiéndose sobre un codo.

–Yo, *Signore Conde*, estaba camino a mi cabaña, a seiscientos metros más al norte de su casa, no sé si sabe... Eeh... Estaba revisando que las trampas no se hubieran destruido con esta tormenta, ni que quedara alguna fuera de lugar y cayera alguno de los habitantes de la finca en ella. Eso es todo. Pasé por debajo de los aleros del frente, a ver si me cubría un poco de la lluvia, *Signore Conde*. Y fue un acierto, porque allí fue cuando le vi aterido y tumbado en la escalera. ¡Un rato más y se hubiera pescado una flor de pulmonía!

–Oh... Está bien, Lumbro,... gracias. Te agradezco infinitamente tu ayuda. Me has salvado la vida,... ¡y yo haciéndote escenas!

Lo siento.

–No, no, *Signore Conde*. Hizo bien en sospechar. Después de lo que dijo sobre el desconocido ese. El encapuchado, me parece natural, pero la próxima vez, debe avisarnos a nosotros. Nos encargaremos del intruso y se lo traeremos a usted, *Signore Conde*.

–Eso,... Vípero, Lumbro, avisen a todos los hombres de la finca. Hay alguien merodeando y no sabemos quién es. Quiero que lo busquen y lo atrapen. No estoy tranquilo pensando que tenemos ladrones o delincuentes en la propiedad.

–Sí, *Signore Conde*. Ahora mismo daré la orden –dijo Vípero, dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

–¡Vípero! –gritó de pronto Julio, volviéndose hacia la puerta. El mayordomo se quedó tieso como una estaca y giró lentamente con cara dubitativa– ¡Un arma para mí! ¡Tráeme un arma, moderna, una pistola automática!... Mañana, con las cosas que me tienes que traer mañana. Compra una para mí.

–Sí, *Signore Conde*, lo que usted mande –respondió lacónicamente Vípero, con gesto adusto y volvió a emprender su marcha por el corredor.

–Tú, Lumbro, puedes retirarte. Ve a descansar. Se ve que estás fatigado por andar en los bosques bajo la tormenta. Es una orden, Lumbro –expresó Julio con voz fatigada –. Yo haré lo mismo. Que me avisen de cualquier novedad acerca del intruso.

–Sí, *Signore Conde* –contestó Lumbro, para luego retirarse en pos de Vípero.

–Tú, Angela, puedes irte también. Estaré bien. No puedo mover mi cuerpo ni un milímetro. Me duelen todos los huesos.

–Muy bien, *Signore Conde*, pero si me necesita, llámeme sin hesitar, por favor, ¿sí?

–Sí, Angela, te llamaré,... cualquier cosa que necesite.

–Estaré cerca.

–... –“Muy cerca, Angela, muy cerca de mí estarás pronto”, pensó Julio, extrañándose de este pensamiento, al momento en que se dio cuenta de lo que implicaba.

35.

Durmió como un lirón hasta que fue despertado por Angela, quien venía acompañada del doctor Duval. Julio preguntó qué hora era y el

jovial doctor le contestó que era “la hora de hacer el bien”, enseñándole sus perfectos dientes en una sonrisa encantadora, al tiempo que, con la habilidad de un malabarista, le daba vuelta el cuerpo y se ponía a frotarle las zonas golpeadas y amorotonadas de su espalda, trasero y piernas con una pomada o algo así.

Al principio, sintió una picazón casi intolerable y pensó si el doctor no le estaría pasando la crema equivocada; pero, cuando al poco rato el ungüento empezó a hacer efecto y la ansiada calma del dolor y el entumecimiento invadieron esas regiones de su maltrecho cuerpo, le agradeció mentalmente a Duval, no sólo por su presencia sino hasta por su propio nacimiento. Con voz calmada, le dijo:

–Ah,... doctor,... No sé qué haría sin usted.

–Ah, estimado conde, qué no haría yo por usted. Todos en Villa Scarlatti le debemos la existencia a su familia. Eso se paga toda la vida, *Signore Conde*.

–¿Le dijeron que quería invitarlo,... agh,... a almorzar mañana?

–No, nadie me dijo nada. Con la tormenta, Vípero no pudo haber tenido ocasión de llegar hasta mi casa.

–¿Y ahora quién le avisó?

–El, Vípero. Pero solamente me dijo que estaba usted en apuros. No dijo palabra sobre una invitación. Pero, claro, con este asunto como para acordarse de invitaciones, ¿no lo cree así?

–Pues,... sí, claro, claro. En fin, ahora ya lo sabe. ¿Podrá venir, aunque llueva? Necesito hablar con usted, largo y tendido. Nada como un buen almuerzo y una tranquila sobremesa para eso.

–Me halaga usted, *Signore Conde*. Acepto encantado, desde ya que no podría negarme. Por otra parte, y ya que estoy aquí, no creo que tenga inconveniente en que me quede a dormir por esta noche; así podremos reunirnos desde la mañana misma. Además, estaré a mano por cualquier cosa que pudiera requerir y..., bueno, también disfrutaré del desayuno, qué menos, ¡je!

–Angela, dispón un cuarto de huéspedes para el buen doctor y, si no te llamo antes, por la mañana, en tanto y en cuanto pueda levantarme, despiértame para desayunar con él, a la misma hora.

–Sí, *Signore Conde*, lo que usted mande. Le avisaré a la señora Delia, entonces.

–¡Ah, la señora Delia!... Luego del desayuno bajaré a la cocina a conocerla. Recuérdame, por si acaso, ¿eh?

–Sí, *Signore Conde*, no lo he olvidado.

–Bien, ahora, les ruego que me dejen solo, quiero descansar,... otra vez.

–Sí, *Signore Conde*.

Angela y el doctor Duval salieron juntos y cerraron la puerta delicadamente. Julio echó su cabeza sobre la almohada, con los ojos entornados. La pomada de Duval debía ser otra de las maravillas de la medicina folclórica de la región, porque todas sus partes atizadas por los golpes estaban completamente anestesiadas y la picazón había desaparecido por completo.

El sueño le invadió y, con él, se vio conquistado por una marea incontenible de imágenes cambiantes y sumamente vívidas. Tanto que presentía su grado de conciencia de cuanto ocurría a tan vertiginosa velocidad y en aparente confusión. Pero no, había un hilo conductor en todo lo que su imaginación onírica le mostraba y le hacía vivir, hasta el punto de poder sentir los escalofríos y las sensaciones morbosas que le embargaban como un manto sedoso y, a la vez, hiriente.

Bajaba por profundos y estrechos pasadizos oscuros, cubiertas sus paredes por mohosas fungosidades de malsano y maligno aspecto; formas indefinidas y sombras fugaces se cruzaban con él, o se dibujaban danzantes sobre los escasos lugares en los que brillaba una pálida y moribunda luminiscencia incandescente, que más que producida por una llama lo parecía por aguas burbujeantes. No hacía calor alguno allí, sino, por el contrario, un frío lacerante. Lo notaba en su piel de gallina y sus dientes rechinantes. Pero sus pies seguían su alocada marcha; sabía que no corría, pero que tampoco marchaba a un ritmo normal, casi inhumano. No quería mirar sus pies, aunque sintiera deseos de verse a sí mismo en ese instante.

En un negro recodo del interminable corredor descendente, vio arder una antorcha cuyo mango de madera estaba medio putrefacto por los siglos, la que tomó sin dudar, continuando con paso extraño y vago hacia delante. Cuando dobló el curvilíneo trazado de ese tramo, notó que en la lejanía se abría la luminosidad alicaída de una hoquedad de regular tamaño; era “¿Una puerta?”.

Con trancos cada vez más amplios y

decididos, alcanzó el final del túnel y se encontró ante un enorme portal de doble hoja, enchapado en bronce y con cuatro clavijones gigantescos sellando el acceso. Tiró la tea al suelo y, como por arte de magia, cruzó los brazos, para ver que, en uno de ellos, lucía un brazaletes y, en una de sus



manos, un anillo de intrincado diseño. Con rostro hierático, se vio pronunciando un extraño discurso y gesticulando con actitudes totalmente desconocidas para él:

Mimnish erút kaareshtadesh

Rotnem úvlin parten úsh

Polem ishairot tetesh

Recordaba exactamente cada sílaba y cada palabra del macabro recitado, aunque, al despertar por la mañana, no pudo entender nada de lo que significaba, cosa que, en el momento de hacerlo, no le pareció que le ocurría:

*Lútuish ¡Thulhú Carín!
Tesh rotem teu
¡Aiten tazür!*

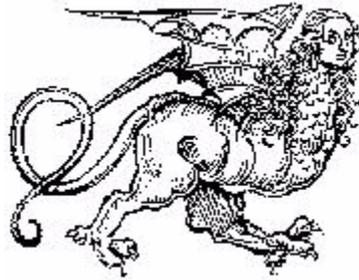
Al instante de concluir con esa tan enfática frase, los bulones comenzaron a destornillarse por sí mismos, cayendo al piso con un sordo retumbar de truenos, al tiempo que los batientes del portal empezaban a descorrerse por sí solos. Una luminiscencia violácea comenzó a perfilarse por el vano de la enorme puerta. Julio estaba petrificado, con los ojos abiertos como platos, mirando como en un trance hacia una sombra que estaba apareciendo... era,... era,... ¡la desconocida señora Delia!

Aunque no la hubiera visto nunca en su vida ¡podía reconocerla! Ese rostro anciano, surcado de arrugas, de nariz ganchuda, crueles labios finos, que se abrían ahora en una sonrisa sardónica y,... ¡sus dientes, sus dientes tallados! ¡Dios, ¿qué clase de mujer era esa... Delia?!

Con un grito que surgía desde lo más profundo de su pecho, Julio pegó un salto en la cama y se encontró medio erguido, apoyado sobre sus manos, tenso como resorte y cubierto por una perlada transpiración de pies a cabeza. Estaba agitado como un fuelle de chimenea en invierno y miraba espantado en todas direcciones.

Nadie parecía haberse percatado de su alarido. Se quedó así por un rato, hasta que su respiración se aquietó y se repuso a medias. “¡Dios mío, qué pesadilla!... ¿Será consecuencia de la pomada esa? Mm..., no lo creo, no me duele nada. Oh..., ¡pero qué locura! ¡¿Esa era la famosa señora Delia?! ¿Y qué hacía yo con ese brazalete y ese anillo? ¡Pero claro, son los que menciona el conde Bruno en su diario! ¡Las joyas que encontraron el primer día de excavaciones en el “Túmulo Grande A”! Pero,... ¡ni sé dónde están ahora!... ¡¿Cómo es posible, cómo?! ¿Qué está pasando acá, Julito? ¿Qué mierda está pasando?”.

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2003 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno